

## HOMILÍA

*P. Paul Francis Spencer, CP*

Al acercarnos a esta capilla hoy, estamos recreando una visita realizada por San Pablo de la Cruz en su primer viaje a Roma en septiembre de 1721. San Vicente María Strambi habla de esto en su biografía de Pablo de la Cruz. Él nos dice que fue ante la imagen de María en esta capilla que Pablo se sintió inspirado para hacer una promesa de promover la Memoria de la Pasión y reunir compañeros para hacer lo mismo. Strambi escribe que Pablo hizo este voto “*como ofreciéndolo por las manos de nuestra Bendita Señora, con el mayor consuelo del alma*”. (Strambi, *Vita*, II, XVII)

Pablo se sintió inspirado para hacer este viaje a Roma durante su retiro de cuarenta días en Castellazzo. El quinto día de su retiro (27 de noviembre de 1720) escribió en su Diario espiritual:

*Sé que tenía un impulso particular de ir a Roma para esta gran y maravillosa obra de Dios ... Sé que le digo a mi amado Jesús que todas las criaturas deben cantar sus misericordias.*

Esta idea de ir a Roma permaneció en el corazón de Pablo. En marzo del año siguiente, le escribió al obispo Gattinara:

*Debo informar a Su Excelencia que siento una inspiración cada vez más fuerte para irme a Roma ... Reverendo y querido pastor, por el amor de Jesucristo, le ruego que tenga la amabilidad de concederme este permiso para que pueda seguir las inspiraciones de mi Esposo, Jesucristo. No diré nada sobre los compañeros, ya que estoy seguro de que cuando esté a los pies de Su Santidad, Dios hará que todo el mundo vea sus misericordias. Tanto confío en mi Señor crucificado que estoy más que seguro de que todo saldrá bien.*

Deberíamos notar aquí que, si bien, en la mente de Pablo, la idea de ir a Roma era ponerse “*a los pies de Su Santidad*” y pedir la aprobación de su Congregación, también estaba vinculada a su deseo de reunir

compañeros que el Obispo Gattinara parecía resistirse.

Eventualmente, el Obispo estuvo de acuerdo con el viaje y Pablo se dirigió a Roma, lleno de confianza en que *“todo saldrá bien”* y *“Dios hará que todo el mundo vea sus misericordias”*. Su hermano Juan Bautista era menos optimista. Él había querido viajar con Pablo y, cuando Paul dijo que iría solo, Juan Bautista respondió: *“Puedes irte, pero no encontrarás paz sin mí”*. (Strambi, *Vita*)

Todos sabemos lo que sucedió en Roma. Pablo llegó al palacio del Papa y se le negó la entrada. Strambi registra las palabras del portero: *“¿Sabes cuántos merodeadores vienen aquí todos los días? Fuera de aquí”*. Strambi también nos cuenta lo que sucedió a continuación:

*Mientras se alejaba del palacio, sintiendo la necesidad de un refrigerio para su cuerpo débil, se retiró a un patio donde había una pequeña fuente, con la intención de comer allí los pequeños trozos de pan que le habían dado esa mañana en el Trinitá [el albergue de peregrinos donde se había alojado la noche]. Pero Dios, que deseaba probar la caridad de su siervo, estaba tan dispuesto a que un hombre pobre se acercara en ese momento para pedir una limosna. La juventud de Pablo, así como su largo ayuno, le habían dado un apetito tan grande que podría haber comido cinco panes en lugar de uno; sin embargo, haciendo violencia a la naturaleza, partió la mitad de su pan por el amor de Dios, a quien nunca dejó de reconocer en la persona de los pobres.* (Strambi, *Vita*, I, IX)

Parece que fue después de este encuentro con el hombre pobre que Pablo se dirigió a esta gran iglesia de Santa María la Mayor. En este punto, su viaje a Roma debe haber parecido a San Pablo de la Cruz como una experiencia de desilusión. Llegó a esta ciudad lleno de esperanza, creyendo que el Papa bendeciría lo que llamó *“esta gran y maravillosa obra de Dios”*. Lo que estaba buscando del Papa fue una confirmación de que su inspiración (diríamos su carisma) vino de Dios. Mientras estaba en cuarentena en Civitavecchia, Pablo había escrito una copia nueva y limpia de la Regla, posiblemente con la esperanza de presentársela al Papa. Sin embargo, no pudo conocer al Papa. En cambio, Dios lo presentó con un hombre pobre, un mendigo.

Cuando Pablo entró en esta capilla, su cabeza debe haber estado dando vueltas. Sus esperanzas no se cumplieron y, en lugar de encontrarse con el hombre en la parte superior de la escalera, se encontró con el hombre en la parte inferior. Debe haber reflexionado mucho y discernido en esta capilla. ¿Qué iba a hacer? ¿De dónde era la confirmación de la que él quería venir? La respuesta de Pablo podría haber sido alejarse, decidir que esta idea de una Congregación era toda una fantasía. Después de todo, él era su único miembro, y ni siquiera era miembro en este momento. Pero, en lugar de irse, se compromete ante Dios con su misión y hace un voto para promover la Memoria de la Pasión y reunir compañeros para hacer lo mismo. Strambi dice que hizo el voto “*con el mayor consuelo del alma*”. La confirmación o consuelo que buscaba en su viaje no venía del Papa como lo había esperado, sino de la convicción interna de que lo que Dios quería de él era un compromiso más profundo con la inspiración, el carisma y la misión que le habían sido confiados.

El Evangelio de hoy pone ante las figuras de Marta y María, representando dos dimensiones de ser un discípulo: la dimensión del hacer y la dimensión del ser, o podríamos decir el discipulado como misión y como comunión. El voto que San Pablo de la Cruz hizo aquí fue un voto con dos dimensiones: promover en los corazones de los fieles la Memoria de la Pasión de Jesús y reunir compañeros para esta misión. En esta capilla, Pablo se comprometió con un carisma específico, con la misión y con la comunidad. Desde allí regresaría a Castellazzo y le pediría al Obispo que vistiera a su hermano con el hábito negro. Él ya no trabajaría y viviría solo. Dentro de un año irían al Monte Argentario donde vivirían y orarían juntos y luego saldrían a traer el recuerdo sanador de los sufrimientos de Cristo a los pobres y abandonados de esa región descuidada, esas personas que, en una expresión que usa Pablo en el Diario, “*no experimentan el fruto de la Pasión de Jesús*”

(Diario, 4 de diciembre de 1720).

El voto hecho por primera vez en este lugar hace casi trescientos años ha llevado a los compañeros de Pablo a muchas partes del mundo para compartir con otros “el fruto de la Pasión de Jesús”. Entre ellos estaba el Beato Domingo Barberi, cuya vida fuera de nuestra misión tocó la vida del Beato John Henry Newman, cuya fiesta celebramos

hoy. Y ahora hoy es nuestro turno. Al celebrar esta Eucaristía en el contexto de nuestro Capítulo General, un Capítulo cuyo tema es “Renovar nuestra Misión”, podemos, como Pablo, comprometernos una vez más con nuestro carisma y misión. Hoy, en nuestros propios corazones, hacemos lo que Pablo hizo en este lugar. A pesar de las decepciones que hemos experimentado o de las dificultades que enfrentamos, agradecemos a Dios por nuestro pasado, abrazamos el futuro con esperanza y confiamos nuestro trabajo a Dios, ofreciéndolo por las manos de María, Madre del Señor.